



RAÚL ZURITA

El día más blanco

LITERATURA RANDOM HOUSE

Índice

- Cubierta
- Como un río de piedras
- Capítulos 1
- Capítulos 2
- Capítulos 3
- Capítulos 4
- Capítulos 5
- Capítulos 6
- Capítulos 7
- Capítulos 8
- Capítulos 9
- Capítulos 10
- Capítulos 11
- Capítulos 12
- Capítulos 13
- El día más blanco
- Créditos

Ceci n'est pas une pipe.

MAGRITTE

Muero feliz porque muero en la belleza. Uno habrá que nos recuerde el nacimiento: un río, el mar, la oscuridad de otras calles donde algo, tal vez algo semejante a nosotros, se levanta del sueño y camina.

Como un río de piedras

La enorme costra de sal le otorgaba al desierto esa blancura delirante que sólo pueden comprender los locos, los fanáticos o los puros. El tajo del horizonte se cortaba al borde como un abismo, y el cielo comenzaba a remontar desde él suavemente, sin prisa, curvándose hasta alcanzar esa impertérrita lozanía que posee todo aquello que nunca ha dependido del error de la mirada. Se puede afirmar entonces que ese marco está de fondo, inmutable y perfecto, no horadado por el dolor, la pasión o la agonía del hombre que había llegado hasta esos vacíos y miraba.

Era también la luminosidad del salar encegueciéndolo. Entre su propio nacimiento y la blancura del desierto habían pasado minutos o años, daba lo mismo; el resplandor sin memoria que lo inundaba todo atestiguaba que esas nociones son recientes y que jamás han residido en la profundidad de las cosas. Alguna vez el océano había cubierto por completo las extensiones de ese territorio mostrándole de paso lo nimio de su respiración, de su hálito afanoso y corto que no obstante contenía todo el misterio de la vida. La transparencia del aire parecía emerger así desde la textura del paisaje otorgándole a esa planicie un tinte irreal donde él era apenas un tono más, un simple capricho de la luz que lo engañaba con la ilusión de una sombra. La sensación de irrealidad se estrellaba sin embargo con un núcleo duro e impenetrable, anclado en el fondo de sí, cuyo peso lo tiraba hacia abajo pegándolo al suelo como si en ese punto se hubiera concentrado toda la fuerza de gravedad de la Tierra.

Se había recostado boca arriba, con los brazos abiertos, sobre la larga llanura de sal, y si alguien en ese momento lo hubiese visto habría recordado la forma de una cruz, de una cruz botada y oscura. Era como si la Tierra entera subiera desde el centro de ella hasta chocar con su espalda mientras que la inmovilidad de sus brazos ex-

tendidos parecía afirmar que el dolor se opone también a la rotundez de las cosas, a la extensión del horizonte y de los paisajes, y que los milenios o instantes anteriores en que el mar se retiró dejando conchas de moluscos y peces fosilizados en las cumbres, no podían sin embargo, con toda su majestuosidad y grandeza, alterar un solo segundo del sufrimiento del ser que allí yacía.

Extendido sobre esa sequedad tórrida, sus ojos semicerrados alcanzaban a adivinar la encandilante claridad del cielo, pero ni siquiera como algo que las palabras o los sentidos pudiesen describir, sino más bien como esa mudez que toman los hechos si se tiene la impresión de que están ocurriendo en sueños. De esa manera, como un sueño que lo fuese arrastrando, se le venían encima las caras que alguna vez sintió cerca porque intuía, aunque en ese momento no lo supiera, que en las formas de esos farellones estaba más presente el torbellino de los rasgos humanos que en los vestigios siempre relativos de la vida. Esas dos soledades entonces, la del hombre y la del desierto, se estrellaban como dos bloques dejando apenas un mínimo resquicio entre ellos, una línea casi inexistente de aire para la existencia de los otros.

El que escribe conoció a esos otros. Los vio asomarse en el pequeño antejardín de una casa con un magnolio joven y luego vio la pureza de esos cuatro rostros (una abuela con un niño de corta edad aferrado a su falda, una madre a la que llamó Ana, una hermana menor a la que llamó Ana María) que se alejaban disolviéndose en un enjambre de sucesos y tiempos donde tal vez lo único permanente era la necesidad nunca colmada de una estación con olor a jazmines, de una primavera incontrarrestable y definitiva. También vio la fotografía enmarcada en metal donde un hombre vestido con esmero sostiene en brazos a su hijo de meses y lo mira. En la imagen el cielo es blanco y por un momento la fijeza de ambos recuerda el fulgor opaco de los peces petrificados en las rocas.

Es la misma granulosidad del desierto, del salar redondo e inmenso. Tendido sobre él, la enceguecedora superficie le rememora el olor del océano, ese olor pretérito que una vez lo copó todo. A lo

lejos, apenas audible, le pareció oír el sonido de unas trompetas y recordó entonces que aunque la elegancia de su traje lo hacía ver mayor, en la fotografía su padre tendría a lo sumo veintinueve, treinta años. Ahora, agrapado a la tierra con los brazos abiertos, como si el planeta entero fuera su crucifijo, le había parecido que esa cara lloraba sobre la suya y le habló. Era un grito a las nubes, al aire, largo, como un río de piedras.

1

Es el largo río de las palabras. La sombra azul del cerro Purgatorio frente a mí es ahora una interpelación, como si su extrema rigidez fuese una pregunta abierta desde siempre y que también desde siempre se pierde en la oscuridad, en el origen. Ignoramos los años de nuestra vida, pero es también posible pensar que son estas las últimas horas y las historias entonces deben condensarse. Pero no es el tiempo sino el acoso incesante de las palabras y antes de que todo esto se detenga me gustaría haber fijado al menos un lugar, un primer antejardín, una casa de muros amarillos y los rostros de los seres que veía: Veli, mi hermana menor, mi madre. Lo inefable de esas primeras caras rodeándome como una neblina y más atrás las dos ventanas del comedor y más atrás los franceses con los que dividíamos la casa y más atrás la calle, el invierno de Santiago y un año: 1954.

Es el tejido sobre el cual están suspendidas las cosas, porque no es el amor lo que pervive sino los matices que se adherían por un instante a las caras. Los seres que quisimos están entretejidos en esos matices: más que lo rotundo de los rasgos son ciertos ángulos del rostro, apenas un sesgo o un detalle de su sonrisa que se nos aparece de pronto hasta que todo vuelve a disolverse en lo insondable. El rostro de Veli, su nariz larga y afilada, sus pequeños ojos, sus arrugas, emergen desde el fondo de ese tramado como si yo fuese el que quisiera huir, como si quisiera ordenarme y yo o lo que fue de mí, mi sombra, algo, ya estuviese más allá del orden. En realidad los recuerdos están siempre allí, igual que piedras, y somos nosotros los que nos acercamos a ellos o no, los que aparecemos o desaparecemos de sus caras, de sus cuerpos, perdiéndonos en un bordado difuso como las estelas que dejan las luces de los automóviles en la niebla.

Mi hermana también contempla esa cara. Ambos estamos sentados en el suelo de madera y la imagen tiene algo duro. Nuestro padre murió el 15 de febrero de 1952, cuando yo acababa de cumplir dos años, y de él no tengo recuerdos. Más arriba de nuestras cabezas están las dos ventanas del comedor desde donde se ve un corto antejardín, luego el muro con rejas blancas, la puerta de calle y el pequeño óvalo con el número 97. La calle se llama General del Canto y la casa de al lado aún existe, pero la nuestra fue borrada en un remodelamiento. Donde estaba pasa ahora una avenida: 11 de Septiembre. Sé que es de mañana e invierno y que mi hermana y yo tenemos puestos unos pantalones rojos de algodón con elásticos en los tobillos. Sé también que sostengo un juguete, es un carrito lechero de madera, mientras ella se ensimisma y de tanto en tanto llora. Sobre la pared de entrada hay un cuadro; es de noche y lo que se ve es el puerto de una ciudad: Génova. Mi madre trabaja y no está en casa. Veli nos cuida; es la madre de mi madre.

Acabo de decir que no tengo recuerdos de mi padre, pero no sé si es del todo cierto. En una imagen yo estaba en una cama y me acababan de entregar ese pequeño lechero. Al pie me están mirando mi abuela, mi madre, su padre y mi padre: Raúl Zurita Inostroza. Ese segundo apellido hace que su nombre no sea igual al mío y esa abrupta diferencia me emociona como si fuera algo de él que se desprende para que lo vea, para que me dé cuenta de que no soy yo.

Quiero creer que lo vi, que no fue un sueño, pero en el recuerdo todo cobra un tono café y su textura es la de esas fotografías que uno cree antiguas. Yo aún no caminaba, lo sé porque el juguete se me escapa y no lo alcanzo. En una imagen similar corro entre una gran cantidad de mujeres con las que juego al pillarse en un parque de entreteniones. Sin casi darme cuenta me veo persiguiendo sobre todo a una. Es más joven que las otras y se llama Carmen. Desde entonces nos encontramos todas las tardes en un lugar cuyo nombre después se me hará familiar: Puente Alto. Le cuento a Veli de mi primera amiga, de la primera que recuerdo, pero me ignora y

es como si lo que le hablo se deshiciese en el aire. Una mañana sin embargo mi abuela me despierta diciéndome que me levante, que ha llegado. Está sentada en el comedor y al verme comienza a correr alrededor de la mesa mientras yo la persigo tratando de alcanzarla. Su risa brilla en medio de la luz que cruza las ventanas. Es Carmen, no lo sueño, afuera está la calle General del Canto y la mañana avanza.

Sé también que mi abuelo murió tres días después que mi padre y que la gente que venía a dar las condolencias se encontraba con esa segunda muerte; con la del papá de mi madre, con la del marido de Veli. Fue un ataque al corazón. Le sobrevino mientras le contaba a unos compañeros de trabajo del fallecimiento de su yerno. No lo supieron de inmediato sino varias horas después, cuando el cortejo ya estaba por partir y él no llegaba. La mañana era del 18 de febrero de 1952. Se llamaba Luis Canessa y tenía 56 años, mi madre 27, Veli 52.

Hay otra fotografía de papá, está enmarcada sobre una de las paredes del mismo dormitorio donde recuerdo que me entregaron el lecherito de madera. Esa pared es el frecuente destino de una orden imperiosa: «Vayan a ver a su papá». Es nuestra abuela. Asustados nos acercamos con mi hermana y vemos que la cara nos está mirando con una expresión triste, de enojo y reproche. Así castigaba nuestras faltas. Mi hermana me seguía como si quisiera esconderse detrás de mí y, sin embargo, cuando Veli quería mostrarnos su alegría por algo que habíamos hecho bien, nos mandaba de nuevo hacia la foto. Corremos porque sabemos que esta vez todo ha cambiado: el rostro está sonriendo.

Mirar esa fotografía es parte de una serie de ritos, de pequeñas ceremonias que se cumplen cada día o una vez al año y que se seguirán cumpliendo. La casa que está junto a la nuestra tiene un jazmín que mi abuela adora. Todos los 21 de septiembre ella nos anuncia que ha terminado el frío y que nos llevará a tomarnos un helado. Oler los jazmines florecidos es otro de esos rituales de la primavera que ella nos impone. En las tardes nos sentamos con mi

hermana en la pequeña grada de la puerta que da a la calle. No hacemos nada, sólo miramos, mientras Veli nos vigila desde atrás. Desde allí se ve la avenida Providencia y yo me entretengo adivinando si la próxima persona que pase doblará por nuestra calle o seguirá de largo. Un hombre ha dado vuelta y se acerca por la vereda, es alto y aunque los fríos han cesado está cubierto con un abrigo. Me pongo de pie y corro a abrazarlo. Él se da cuenta y se agacha ofreciéndome los brazos con los que me eleva al cielo y me abraza. Luego me entrega a Veli sonriéndonos. Ella está conturbada y no deja de mirarme: ¿Creíste que era tu papá? No, papá es una foto que a veces nos mira con enojo y otras nos sonríe. No sabré jamás a quién corrí a abrazar, fue un impulso y me avergüenzo.

En un costado del antejardín hay un árbol, un pequeño magnolio que debe ser nuevo por el porte, pero me doy cuenta recién ahora que no pudo terminar de crecer. Mi hermana y yo lo miramos con las caras apoyadas en los vidrios de la ventana que se empañan. Detrás de ella vemos pasar una serie de rostros que se me van haciendo familiares: los dos mellizos de la casa del frente, las empleadas que van a comprar, el afilador de cuchillos. Cruzan fugazmente y la escena se pierde como si fueran otras manchas más de un sueño que no alcanzo a discernir. Sin embargo siento que me he hecho amigo de uno. Se llama Óscar y es el único de una bandada de niños descalzos que se detiene frente a nuestra casa. Mi abuela le alarga entre las rejas algunas monedas y una bolsa con pan duro que le ha guardado durante la semana. Cuando lo veo salgo corriendo hasta la puerta a llamarlo. De soslayo me muestra su honda apuntándome y su sonrisa me asusta.

Afuera está helado y la luz de la mañana se proyecta al interior de nuestra casa con un resplandor manchado y contrastante. Sobre el magnolio el cielo es blanco. Mucho tiempo después vi ese mismo cielo, mi abuela había muerto un año antes y casi no me sorprendió volver a encontrarlo. Fue en el norte, en los bordes de un salar interminable. Por un instante algo tal vez semejante a la indefensión y la intemperie me dibujó los rostros de esos seres suspendidos enci-

ma del horizonte. Pero hablamos de mundos inabordables: el apellido «Inostroza», la palabra «magnolio», la frase «mi hermana menor», no pueden ser asidas sino en su huida tal como huye la plataforma del cielo mientras ascendemos.

Para mi abuela nuestra madre sólo cuenta porque le disputa nuestro amor. Nos muestra una pequeña fotografía ovalada de color sepia desde donde los ojos de una niña con el pelo cortado como paje nos miran con una profundidad interrogante y vasta. Tiene la cara inclinada y más abajo las manos se le juntan sobre los pliegues de un vestido de textura brillante que se va ensanchando. Nos dice que en esa foto mi madre tenía siete años, que era muy hermosa, muy buena, dice, y era como si para ella mi madre no existiese en el presente sino sólo en el recuerdo de algo cancelado, de algo que ya quedó atrás. Es parte de sus juicios, de sus comentarios cortantes, de su compasión. Fue Veli la que se propuso hacer el culto de nuestro padre y es probable que lo haya llegado a querer. Se había dado cuenta de que no viviría mucho y se opuso a ese matrimonio con encarnizamiento. Creo que ver cómo su vaticinio se cumplía y la postración de un hombre agonizando fue lo que la hizo al final amarlo.

Mi padre murió a los 31 años y me sorprende ahora su juventud, me sorprende ya haber vivido mucho más que él. Es apenas mayor que mi primer hijo y de pronto sus rasgos se me confunden. La muerte de un hijo no está en el orden de las cosas y el pensamiento se me hace intolerable. Quisiera poder protegerlo, cuidarlo, acomodarlo un poco en su rigidez, en su inmovilidad. Siento que yo soy el padre de mi padre. Que mi hijo es mi padre y que acaba de morir.

Levanto los ojos hasta los contornos del cerro Purgatorio, del cerro que está ahora frente a mí. No tenemos palabras para el dolor, para aferrar el corazón de mi otro, nuestro propio corazón ajeno y sin lágrimas. Vuelvo entonces a la imagen del magnolio. La casa donde vivimos tiene dos pisos pero la escalera que los une está tapiada. Ocurrió después de ambas muertes. Antes mis padres y mis abuelos ocupaban toda la casa, pero al quedar ellas solas tuvieron

que desalojar la planta de arriba y dejársela a una familia francesa. Son cuatro y recuerdo el nombre del padre, Maurice, y de los hijos adolescentes: Jean-Claude y Verónica. Él no es más que un pequeño sádico y los toqueteos a los que me obliga me paralizan. Ella tiene los ojos rasgados y el pelo casi rubio, es muy hermosa, pero no soporto que pueda darse cuenta de mi embeleso. La molesto haciéndole burla por cosas tontas o arrojándole puñados de tierra cuando está con sus amigas. Me detesta y trata de pegarme. Es mi primer encuentro con la belleza y por mucho tiempo experimento el peso de algo imponente e irremediable.

La foto de mi abuelo es también sepia y tiene un rostro claro y perfecto. No está enmarcada en la pared sino que sobre una *toilette* de madera oscura. No me he dado cuenta del luto por esas dos muertes tempranas y no conservo otras imágenes que las de esas fotografías y la de la escena en que creí verlos a todos reunidos. Salvo eso no puedo recordar nada de ellos y menos de su ausencia. Lo que sí percibo es una sensación de espera inacabable y la monotonía de la mañana blanca que no concluye nunca, que no terminará hasta esa imagen del cielo dibujándolos sobre el salar. En medio de todo está el río de las palabras, sus sonidos, sus corrientes multiformes. ¿Habrán un dios que maneje las palabras? ¿Un dios que guíe su curso? ¿Sus rápidos y sus recodos? ¿Sus remansos?

Mi abuela y mi madre emplean casi siempre el genovés. Es la lengua de sus incesantes riñas, de sus acosos, de sus tormentos. A Veli le encanta repetirnos que fue muy rica, que su abuelo era dueño de compañías navieras y que en uno de sus viajes había comprado dos manzanas de casas en un puerto llamado Iquique. Fue lo único que les quedó del desastre: la ruina total en una gran caída de la bolsa el año 32. Se me aparece ese nombre: Iquique, y es como un guijarro, como una punta filosa que yace en el trasfondo de algo vago, innombrable y salvador. Esas casas fueron la única razón por la que terminaron llegando a Chile y Veli vive pendiente de su arriendo; del arriendo de dos cuadras de casas bajas en un pueblo muerto y perdido. Llegaba una vez al año y no valía un peso. Mi madre nos

mantiene. Esas dos palabras: casas, arriendo, me abren a una angustia desconocida y trato de no oírlas.

Nuestra abuela nos dice que todas las muertes han ocurrido en años bisiestos y que en algún lugar cercano han estado tocando la *Cavalleria Rusticana*. Nos lo cuenta mientras nos mima y nos hace cariños hasta el hartazgo. Luego rumia cosas que demasiado a menudo tienen que ver con mi madre y que no quiero entender. Como desde el fondo de un pozo comienzan a emerger palabras que escucho por primera vez: infierno, tarde, borracha. Estamos los tres solos y ella habla del infierno y de que es muy tarde. También habla de un hombre que me parece ver: el conde de Ugolino, que fue tapiado en una torre junto con sus hijos hasta morir todos de hambre. Es un personaje de un libro que después tomará forma: la *Divina Comedia*. Sé también que cuando mi madre llegue habrá una pelea. Trabaja en la Compañía de Teléfonos y nunca la vemos en la noche. Amo a mi madre con mudez y temor. Temo sus estallidos, sus gritos, sus bruscos ataques de desesperación. *È matta*, está loca. Veli nos lo dice y yo me petrifico contra su falda mientras escucho el estrépito de las cosas que se rompen. Mi hermana también está pegada a nosotros y su pequeña mano agarrada en mi brazo parece morderme. Finalmente me atrevo a entreabrir la puerta del dormitorio donde se ha encerrado. Está sobre la cama con el cuerpo entero arqueado hacia arriba chillando. A veces sus chillidos se transforman en susurros: quiero morirme, quiero morirme. Al verme hace un esfuerzo por serenarse y me llama.

Sus disputas son permanentes. Sin embargo cada cierto tiempo algo las junta y entonces conversan en voz baja, lejos de nosotros, mirándose. Son reconciliaciones bruscas y misteriosas. Se hablan, se abrazan un rato y se quedan inmóviles. Una ocurre una tarde en que mi madre regresó más temprano de lo usual. Jugábamos en el antejardín y aparece de improviso. Tiene los ojos entumecidos y no nos mira. Mi abuela se pone de pie y las veo a ambas acercarse en silencio, hablar en voz baja, mirarse. Después Veli nos contará que la han despedido del trabajo, que por eso llegó antes. No puedo com-

prender las palabras pero sé que algo ha sucedido. No se gritan, ambas están como petrificadas en un mundo que quiero que permanezca así para siempre. Desde entonces sé que son las desgracias lo que las une. Mi hermana juega sola, su delgadez es impresionante y pareciera que sólo un milagro impide que se rompan los hilos de sus piernas. La quiero, la tengo siempre a mi lado hasta que de pronto me irrita y la golpeo. Llora y corre a acusarme, pero mi madre no le hace caso. En el último año antes de mudarnos nos llevarán juntos al mismo colegio.

Un año en la niñez es un tiempo indiscernible. Es lo que falta según Veli para que vaya al colegio. Entretanto me han comprado un bolsón de cuero que lleno y desocupo con orgullo, como si ya hubiese entrado. Mi madre ha vuelto a llegar tarde y las murmuraciones de mi abuela continúan. No le gusta contarnos cuentos de niños sino historias que toma de novelas y que ella va cambiando. También nos muestra sus dibujos. Los ha traído desde Italia y son una serie de caras y cuerpos que saca de una larga carpeta de cuero labrado. Nos cuenta de sus clases de pintura en la academia de Génova y de que en su país han nacido los más grandes artistas, pero no son sus nombres sino la entonación que les imprime lo que hará que se me estampen como el preludio de la tormenta. No recuerdo cuándo nos quedamos dormidos, pero el despertar es brusco. Es de mañana, mi madre acaba de llegar y han comenzado los gritos. El estruendo nos hace levantarnos. Ambas se han encerrado en la cocina. Intento abrir la puerta pero está cerrada por dentro. Con mi hermana logramos sin embargo encaramarnos hasta la angosta ventana que se abre desde el pasadizo. Parecen dos pájaros que se picotean. Me veo llorar a gritos pegado a los vidrios y veo llorar a mi hermana. Mi madre sale de la cocina desgredada y desafiante.

Veli volverá después a hablarnos del infierno, del poeta Dante Alighieri y del fin que le espera a mi madre. No la mira cuando ella le suplica que la perdone. No la mira cuando se le arrodilla rogándole, y su dureza se me clava con algo más frío que el hielo. Deseo que perdone a mi madre y me sumo a sus súplicas mientras el mundo